



¡Oh, los revolucionarios!

Mientras sigue su curso la revolución española, que se está haciendo, afortunadamente, sola, ya que los revolucionarios de profesión no serían capaces de hacerla, vamos a recoger un suceso histórico del libro *Las Juntas Militares de Defensa*, de don M. Capo (Habana, MCMXXIII), escrito bajo la inspiración de don Benito Márquez, ex coronel de nuestro ejército.

El cual Márquez, después que fué, por los feos amaños de La Cierva, expulsado del ejército, parece que se dedicó a eso que se llama conspirar. Y fué acaso su error.

Se cuenta en ese libro una entrevista del ex coronel Márquez con el conde de Romanones. De donde tomamos lo siguiente:

«—Ya usted lo sabe, amigo Márquez. Se ha separado usted del camino real: ha penetrado usted en el atajo, y ya sabe usted que en las veredas, a veces, se pierde la vida. Yo cumplo con un deber de lealtad advirtiéndoselo a tiempo.

—Señor conde: yo no he penetrado en el atajo más que cuando ustedes—usted uno de los primeros—me han puesto fuera de la legalidad. Además... ¿por qué no he de actuar yo en política? ¿No actúan en el campo revolucionario personas como Lerroux y otros?

El conde de Romanones se sonrió, forzando una mueca irónica... Nosotros no acertamos a adivinar el motivo de la ironía del conde de Romanones.—¡Oh, los revolucionarios!

—Sí, sí—siguió el conde—; otros actúan en el campo revolucionario; pero...

No acabó la frase. Su gesto añadió el comentario. Pero... son inofensivos, ¿no es verdad, señor conde? Tienen grades intereses, excelentes amistades de a 5.000 pesetas mensuales. ¿No es verdad, señor conde?»

Sigue la conversación, y al decir el ex coronel Márquez que tenía amigos, y buenos, que el conde los conocía y eran de un valor positivo en España, le replicó Romanones: «No,

usted no tiene amigos. Usted está engañado. Usted está vencido».

Y luego viene lo gordo:

«E inmediatamente el conde de Romanones empezó a desfilarse ante la vista absorta del coronel todas sus cartas, todos los documentos con clave enviados a Madrid a personas de abolengo revolucionario; a personas que han representado los sentimientos honrados de la nación. ¿Eran aquéllos los que habían de regenerar a España? ¿Eran los que, faltando primero a la propia dignidad y después a la opinión que dirigían, entregaban a la autoridad que combatían las pruebas hasta entonces secretas de los futuros acontecimientos salvadores? El coronel Márquez se inmutó ahora. Su mente se inundó de un rayo de cólera; se calmó después, y, por fin, agotado, entregado, anonadado, exclamó: Tiene usted razón, señor conde. ¡Gracias!»

¡Ah, si el coronel Márquez no hubiera hecho caso de los conspiradores de opereta, de los documentos con clave, de los que se sirven de emisarios secretos, de los procedimientos carbonarios y cuestionados y 5.000 pesetas al mes de subvención! La acción verdaderamente revolucionaria es la que se hace a la luz del aire, con las cartas hacia arriba, sin conciliábulos, viviendo en morada de cristal y sin velar ningún paso que se dé y ninguna visita que se haga.

Para complemento y comentario de ese pasaje de la historia del coronel Márquez he de contar yo la visita que por entonces me hizo un emisario del caudillo de la revolución profesional y misteriosa, y cómo me di por enterado de lo que se me dijo, y nada más. Me divirtió el mensaje. Y vi poco después cómo toda aquella conspiración que se me había anunciado se quedó en... un nuevo aparente servicio a la Corona. Y pensando en los rompe-conspiraciones, análogos a los rompe-huelgas, me dije: «¡Bah! otra forma de *chantage!*» Y pensé que la tontería de la

seguro no habrá hecho es delatar a ésta, a la Corona, los nombres de esos generales. Aunque no habrían éstos corrido con ello peligro alguno, sino todo lo contrario: habrían sido minados y halagados.

Y si esto es así, como se dice, ¿por qué se fueron esos generales a Melquiades Alvarez y no al profesional de las conspiraciones, al revolucionario de carrera? Sus razones tendrían.

Se ve venir el cambio; se siente la tormenta; se oye crujir los ligamentos del régimen—basta leer los diarios conservadores y de derecha—y se teme a lo que vendrá. ¿Por qué? Porque todos comprenden que no será revolución la que pueda hacer caer al país bajo el poder de los que han vivido del revolucionarismo profesional, de aquellos que no han podido justificar sus ganancias, de aquellos que hicieron llegar a Romanones los documentos que comprometían al coronel Márquez.

Para actuar revolucionariamente de un modo noble hace falta poder presentar el presupuesto doméstico con gastos e ingresos y hacer toda labor a la luz del día. Y no es sacrificio vivir de la política.

Miguel DE UNAMUNO

